

Apostasía en acción

Cerrar los ojos para no ver la avalancha de la impiedad que se apodera de las muchedumbres; tapar los oídos para no oír lo que en el orden del mal está aconteciendo; lloriquear como mujeres la pérdida de un caudal que podemos defender como hombres, en pleno uso de derechos de ciudadanía; plañir como católicos híbridos, para estar a bien con los políticos de todos los matices y tendencias; escogitar fórmulas y razonamientos para endosar obligaciones positivamente intransferibles; colocar sobre el pecho y la espalda insignias católicas guardando entre espalda y pecho ajetreos y farándulas inconfesables; organizar UNICAMENTE novenas, procesiones y congresos piadosos, esquivando toda labor en las urnas y en la prensa bajo el falso pretexto de necesaria prudencia; calificar de poco prudente la conducta de unos pocos que ni en sus palabras, ni en sus escritos, hacen del equilibrismo ocupación profesional... ¡ah! son cosas que si no mereciesen enérgicos apóstrofes... no sabemos lo que merecerían.

Como católicos, apostólicos, romanos, nos están exigiendo los tiempos presentes algo más que todo eso. Si de corazón y no farisáicamente deseamos que Jesucristo reine en los individuos, en los pueblos y en las leyes, informando su doctrina la vida social y la vida oficial de las naciones, no debemos echarnos por *molice* en los brazos de su Soberana Omnipotencia, sino que, ya que somos *milicia*, debemos pedir sí, pero trabajar por el honor y gloria de Dios y el bien de las almas en los campos donde operan los impulsores del mal, que se adueñan de la enseñanza, de los obreros, de los periódicos, de los municipios, de las Cortes, y, en una palabra, de la vida civil y social de España, abandonadas prácticamente por nosotros.

«No arrojará cobarde el limpio acero mientras oiga el clarín de la pelea «soldado que su honor conserve entero»; ni el piloto del ánimo flaquea porque rayos alumbren su camino y el mar inmenso alborotado vea»

¡Son tantos, hoy, los soldados cobardísimos! ¡Somos tantos! Por eso es menester que, al consagrarnos al Corazón de Jesús, le pidamos muy de veras, sin reservas mentales, nos libre de la *Ego-latría* actual que lo invade todo y todo lo llena, siendo causa de la *apostasía efectiva*, generadora de los males que sufren la Iglesia y la Patria. Pidámonle que, más creyentes y menos *ególatras*, aumentemos el *efectivo de las urnas y el efectivo católico* de la prensa, dando la cara por Dios, sin disfraces, ni martingalas, ni combinaciones incohibibles, con las cuales engañamos de tejas abajo.

¿Premio de nuestra conducta? Lo dicen bien claro estas líneas, con las que concluyo:

«¡Siempre luchar!... del católico es destino y al que lucha de veras, con fe ardiente dará su gloria el Hacedor divino».

M. IGLESIAS Arruty

Hoy que Canalejas, Maura, Moret y cuantos liberales sostienen en la oposición y practican en el gobierno las doctrinas más contrarias a la Iglesia de Cristo se llaman «católicos», es de necesidad, para evitar lamentables confusiones y mixtificaciones, que los católicos se apelliden «antiliberales».

De otra suerte, no habrá medio de distinguir el falso del verdadero creyente.

Lo de Bélgica

Acaban de cesar en Bélgica los disturbios ocasionados por la protesta armada y tumultuosa de los que allí no son católicos contra el brillantísimo triunfo electoral que los católicos belgas han alcanzado recientemente.

A primera vista parece una paradoja que habiendo logrado mayoría de sufragios los católicos, no sea acogido su triunfo por el pueblo con manifestaciones jubilosas y que haya quienes promuevan disturbios, precisamente por tal razón.

Pero no lo es. En Bélgica, como en todas partes, no son los que más chillan los que son más. Lo que pasa es que se oye más a veinte que gritan que a mil que callan. Lo que ocurre es que los elementos liberales en toda su gama, desde el violeta tenue del conservadurismo hasta el rojo reventón de los socialistas, están en todas partes a igual altura de tolerancia. Predican el respeto a la voluntad del pueblo, manifestada en el sufragio, pero cuando el sufragio les resulta adverso, rompen la urna y, en francés o en español, se acuerdan del verso clásico que retrata su amplitud de criterio.

...y muera quien no piense igual que pienso yo!

Por eso hacen mal, aquí y en China, quienes por miedo a las protestas de unos cuantos dejan de acometer sus programas o de implantar sus reformas, como éstas sean justas y legítimas y sanas.

No es el que más grita quien precisamente lleva más razón. Y si cuando racionalmente se discute la lógica puede ser un arma, cuando se menosprecia la razón, y los revoltosos demuestran su tolerancia echando mano de la fuerza, la autoridad no hace más que lo que debe confiando a la fuerza pública, que por algo la tiene en sus manos, el dirimir esas contiendas donde huelga la razón y donde sólo se ventila quién es más fuerte.

No es, pues, que a todo triunfo de los católicos haya de suceder una revolución, más o menos poderosa; no. Es que también cuando pasa el automóvil le ladran los perros...

Desde 1905 data una deuda de diez céntimos de pesetas al contratista don Jacinto López Vidal, por la gratificación que le corresponde en concepto de encargado de los viveres de la escampavía «San Mateo».

Y por sueldo que dejó de percibir el marinero de segunda clase, licenciado por inútil, Carlos Pampín Pereira, seis céntimos de peseta (año 1.907).

Y todo esto se acredita por medio de expedientes, siendo necesario nada menos que la certificación de la intervención, extendida, acaso, en papel de peseta; pero aunque sólo sea necesario algún sello móvil, ¿qué queda a los agraciados? ¿Y para esto se hace trabajar a los empleados?

¡Ah! y se reúne La Comisión general de presupuestos del Senado para despacharlos. ¡Esto es aprovechar el tiempo!

¡Sí, había cieno en el pantano!

Los padres de la Patria han tenido la sinceridad de revelar al país que no es agua, pura y cristalina de manantial la que se nos ofrece para saciar la impetuosa e impaciente necesidad de la sed de progreso y de moralidad que siente el pueblo español, sino que más bien son aguas de pantano recogidas de las avenidas del extranjerismo; y aún estas ocultan a la superficie muchos metros de cieno, removido ahora con las palas de la llamada cuestión de los suplicatorios.

Que en ese pantano se recogen aguas de avenida extranjera, es cosa evidente. No hay que esforzarnos mucho para ver que muchos de los proyectos y leyes que de allí salen, no son sino plagios serviles de la decadente política francesa. Las orientaciones del anticlericalismo son copiadas de los jacobinos de allende de los Pirineos que ya tienen la franqueza de decirnos, por boca de alguno de sus Ministros, que eso del clericalismo no ha sido otra cosa que un fantasma convencional, para ocultar la verdadera finalidad de su política anticristiana; pero que era indispensable, para no alarmar a la conciencia católica del país, haciéndole ver que no se trata de combatir a la Iglesia, sino de oponerse a la ingerencia de ésta en la vida civil. Lo mismo, exactamente, nos dicen ahora a los españoles los demócratas de pega que ni siquiera han tenido el mérito de la originalidad de las ideas ni de los procedimientos. Van hacia la misma meta de la absoluta secularización de la vi-

da, impuesta por ocultos poderes de la francmasonería mundial, y siguen, con vergonzoso servilismo, el mismo camino que nuestros vecinos. Lo verdaderamente estúpido de esta conjura es que allá como aquí se esfuerzan en convencernos de que todo eso son avances en el camino del progreso; frase estereotipada que ha perdido ya su sentido natural, a fuerza de confundirla con los avances de la demagogia hacia la barbarie.

Proyectos de ley se han presentado a nuestro Parlamento que no han sido más que copias pésimamente traducidas a la letra de leyes draconianas ya sancionadas por la República francesa. Esas son las aguas de avenida que llenan nuestro pantano nacional y de las que bebemos por fuerza los españoles, aunque protestemos de que no queremos nada francés, sino todo de pura sangre española; porque sabemos cómo las gastan nuestros vecinos que han corrompido hasta la noción de la libertad, sustituyéndola por lo que es monopolio de la más brutal tiranía, que es la tiranía de abajo. De allí nos viene la obsesión del laicismo educador que padecen nuestros liberales, no obstante la tristísima experiencia que les está enseñando cuán amargos son los frutos de ese árbol; de allí la consigna de hacer oposición intensa a la Iglesia, impidiendo que ésta influya en nuestras costumbres, bajo el insidioso pretexto del clericalismo; de allí hasta el torpe afeminamiento de nuestra raza y el obscuro refinamiento de placeres que se oponen a los inmutables principios de la ley natural.

Conocíamos la existencia de estas aguas corrompidas, y hasta sospechábamos que en los bajos de ese pantano habría mucho lodo, pero no tanto como el que aparece ahora removido, con ocasión de los suplicatorios. Casi todos los afrancesados que aprovechan cualquier pretexto para demandar el buen nombre de España, ante el llamado tribunal de la Europa consciente, ha resultado vulgarísimos procesados por delitos de injuria y calumnia. El pobre D. Melquíades que quiso recabar por sí el cargo de *enderezador de entuerto y desfacedor de agravios*, al verse en la necesidad de leer los artículos que dieron motivo a las querrelas, vió caer los palos del sombrero, palideció, se le pegó la lengua al paladar, y no pudo defender lo indefendible. Cada artículo denunciado es una letrina inmund que nos da idea de la cultura de nuestros flamantes republicanos. ¡Y éstos son los que acusan de reaccionarios a los que no tenemos el mal gusto de seguirles, por las sendas de la barbarie! Ello es que, apesar de las excesivas bondades del Gobierno, ca todos los prohombres del republican-